

Medio	América Economía
Fecha	25-11-2011
Mención	Artículo de Juan Foxley, académico e investigador de la Facultad de Economía y Negocios. Se refiere al rol social del Fondo Monetario Internacional.

El rol social del FMI

Los países suelen llamar al Fondo Monetario Internacional (FMI) cuando requieren su salvoconducto para acceder a mercados de crédito desconfiados. Éste, su rol benefactor tradicional, es a menudo torpedeado por quienes ven en la institución a un policía extraterritorial que saca partes por velocidad a quienes juran que pueden conducir mejor estando ebrios.

Muchos prejuicios ligan al FMI con sesgos ideológicos respecto de la añeja discusión de tamaño del Estado. Ilustrativo en este punto es observar la sorpresa de algunos respecto del siguiente párrafo incluido en el informe de perspectivas económicas para América Latina y el Caribe difundido por el Fondo Monetario Internacional: “En los países con una presión tributaria relativamente baja (Chile, México, Perú) es necesario llevar a cabo esfuerzos orientados a movilizar ingresos fiscales para atender las necesidades sociales y de infraestructura de la región, tales como los niveles aún elevados de desigualdad y las necesidades insatisfechas de una clase media en rápida expansión”, dice el documento.

La sorpresa parece venir de quienes, en su apuro reduccionista, suelen querer asociar al FMI con la desigualdad social. Entonces, se especula, alentar ahora una subida de impuestos sería una suerte de guiño tardío a la justicia distributiva, la misma justicia que el FMI habría menoscabado en su historia

de recetas de ajuste macro sobre países en problemas.

Con la misma facilidad y torpeza con que se podría confundir al pirómano con el bombero, los prejuicios sobre el FMI suelen lograr arraigo en dirigentes inspirados en el voluntarismo populista y gobiernos que optan por el camino corto de cazar votantes hoy a costa de endosar a otros el pago por la irresponsabilidad fiscal.

Pues bien, y antes de ir a los datos: todo lo que está diciendo el FMI hoy es aquello que cautela desde su fundación: que la estabilidad económica y financiera –fue creado para preservarla– no puede sostenerse si las políticas sociales no están adecuadamente financiadas.

Léase: gastos permanentes que no descansan en ingresos permanentes terminan en apretones de programas públicos y/o ‘impuesto-inflación’ que pagan –¿será necesario recordarlo?– los más pobres.

Y si de examinar mitos y prejuicios se trata, un estudio reciente (IMF: Diálogo a fondo “Una realidad no tan dura: Ideas erradas sobre el FMI y el gasto social” septiembre 1, 2011| Benedict Clements y Sanjeev Gupta) del propio FMI ofrece datos interesantes.

Primero, el aumento del gasto social se aceleró en los países con programas de ajuste en comparación con los países sin programas. Y más se aceleró en los países de bajo ingreso que tenían programas con el Fondo.

Segundo, la mediana del aumento

anual del gasto en educación y atención de la salud en los países de bajo ingreso con programas desde 2000 fue más del doble del promedio de 1985-1999. Si esos aumentos se acumulan en 10 años, el gasto subió cada década a una tasa de 0,7 punto porcentual del PIB en el caso de la educación y de 0,6 punto porcentual del PIB en el caso de la atención de la salud.

El mismo estudio llega a conclusiones más robustas cuando controla estadísticamente por variables como la estructura de edades, niveles de ingreso y las condiciones macro.

Un canal importante por el cual fluyen los programas que contribuyen a promover el gasto en educación y atención de la salud es el de los impuestos. El mismo estudio citado encuentra que, en promedio, el ingreso público de los países con programas del Fondo aumenta a un ritmo mayor que el de los países sin programas. Las políticas de sanidad financiera crean así espacio fiscal para la inversión social.

No es cierto entonces que la disciplina que imponen las políticas del FMI a países que no la tienen derive en menos gasto social.

Por otro lado, existen países que aun sin tener programas de crédito con el FMI se benefician al recibir asistencia técnica específica a través de su instituto o de expertos reclutados entre los mejores disponibles en el mundo.

Así, pues, sorprenderse de la contribución del FMI a salvaguardar la estabilidad no debería resultar novedoso. Menos aún si se pretendiere cosecha ideológica de una determinada recomendación sobre impuestos o financiamiento de subsidios. ■



No es cierto que la disciplina que imponen las políticas del FMI a países que no la tienen derive en menos gasto social.